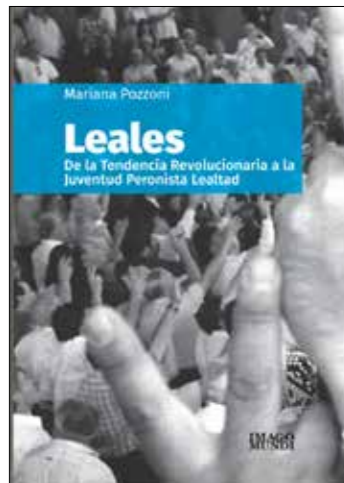


Lealtad, movimientismo y críticas a la lucha armada. Una experiencia de disidencia en Montoneros

FERNANDA TOCHO*

Acerca de *Leales. De la Tendencia Revolucionaria a la Juventud Peronista Lealtad* de Mariana Pozzoni, Buenos Aires, Imago Mundi, 2017, 248 páginas.



En los últimos años el campo de estudios de la historia reciente argentina se ha visto renovado gracias a la aparición de investigaciones novedosas encaradas por jóvenes científicos sociales, cuyos temas y preocupaciones han logrado complementar y enriquecer los estudios focalizados en las organizaciones armadas hegemónicas de los años setenta, con-

cretamente Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), superando, asimismo, una mirada monolítica de las mismas. Este es el caso de Mariana Pozzoni, quien en su libro *Leales. De la Tendencia Revolucionaria a la Juventud Peronista Lealtad* reconstruye la historia poco explorada de esta agrupación política que constituyó la mayor disidencia –en número de militantes y cambios en la estructura interna– de Montoneros a principios de 1974.¹ La autora inscribe el surgimiento de la Juventud Peronista (JP) Lealtad en el marco de una investigación –y una trama de experiencias de radicalización– más amplia, cuyo objetivo principal apunta a comprender el conjunto de prácticas, acciones e ideas que nutrieron la cultura política de “las juventudes” –vocablo plural que utiliza la autora para marcar la heterogeneidad característica de los sectores juveniles que confluyeron en la Tendencia Revolucionaria (TR)– de la izquierda peronista a principios de los setenta. A su vez, el libro recorre otros aspectos de su accionar político, en particular, el lugar que los jóvenes revolucionarios le otorgaron a la gestión institucional, analizando modalidades disímiles de militancia revolucionaria, más allá de la lucha armada. El ámbito elegido para observar este proceso es la provincia de Buenos Aires durante el gobierno de Oscar Bidegain, espacio privilegiado para llevar a cabo el famoso “trasvasamiento generacional” alentado por Juan Domingo Perón desde el exilio.

El libro se divide en dos partes: una primera que apunta a comprender cómo los jóvenes que convergieron en la TR defendieron un proyecto revolucionario que incluía tanto la opción armada como la salida electoral y el desarrollo de estrategias para ocupar espacios institucionales de poder; la segunda parte está dirigida a rastrear la disidencia “movimientista” que tuvo lugar en Montoneros –organización que hegemonizó la TR en esos años– y que desembocó en la conformación de la JP Lealtad entre fines de 1973 y mediados de 1974, analizando el lugar que ocuparon en dicha fractura las divergencias respecto del rol asignado a


Perón en el proceso revolucionario y la continuidad de la lucha armada en el gobierno democrático.

El capítulo 1 presenta el clima de época y los acontecimientos de carácter mundial y regional que propiciaron la emergencia de una *generación contestataria* en la Argentina, influyendo directamente en el proceso de radicalización hacia la izquierda que iniciaron miles de jóvenes. Se analiza el recorrido de las principales agrupaciones juveniles peronistas, en particular aquellas que luego integraron la TR, cuyas posiciones estuvieron caracterizadas por una profunda heterogeneidad. En efecto, más allá del propósito colectivo del “socialismo nacional” y el retorno de Perón al país, la autora logra reflejar –a partir de los testimonios de militantes de distintas localidades de la provincia de Buenos Aires– un mosaico de vivencias, motivaciones personales, trayectorias y expectativas que estuvieron lejos de constituir un escenario de uniformidad. Por el contrario, se observa la complejidad del nucleamiento político en función de los diferentes niveles de conocimiento y de compromiso con la militancia y las distintas concepciones acerca del líder del movimiento, tensiones que se manifestaron con mayor crudeza una vez que el peronismo volvió al poder.

Las discusiones que despertó el horizonte electoral –expresadas en las posiciones alternativistas y movimientistas– son analizadas en el capítulo 2, junto con la experiencia de participación institucional que desempeñaron los jóvenes de la TR en el gobierno de Bidegain. Este es el eje que guía el capítulo, que da cuenta de manera exhaustiva cómo –aun cuando la violencia constituyó un elemento significativo en las formas de concebir la política por parte de las juventudes– existieron otras prácticas desplegadas por los jóvenes en vinculación directa con la estrategia revolucionaria. Esto se analiza a partir de la reconstrucción de una multiplicidad de iniciativas políticas entre las que se destacan la conformación de los equipos político-técnicos y la movilización por la campaña electoral, la intervención directa en los equipos ministeriales, y la militancia barrial, sindical y universitaria no armada. En el capítulo 3 se abordan los momentos que marcaron el camino para la ruptura. Si bien la autora sitúa los orígenes de la disidencia movimientista en las tempranas discusiones que el grupo de los “oscuros” de las

Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) mantuvo con su conducción en 1971 a raíz de sus posiciones alternativistas, el conjunto de acontecimientos que marcaron aquel desenlace serán los hechos de Ezeiza; las críticas de la conducción de Montoneros a los militantes que se oponían a la continuidad de la lucha armada; las expresiones contrarias a Perón presentadas en el documento interno “mamotreto”; el asesinato de José Ignacio Rucci y las tensiones producidas por la renuncia forzada de Bidegain. Finalmente, el cuestionamiento a Perón fue, según la autora, el hecho político que más pesó en el conjunto de la militancia que nutrió la nueva agrupación.

En el capítulo 4 se analizan las características de la JP Lealtad, la trayectoria de sus dirigentes más importantes y las publicaciones que estuvieron vinculadas al sector. Se hace hincapié en las tensiones y límites que recorrieron al grupo desde sus inicios, en particular el desafío de lograr una definición propia y un programa político propositivo y superador del mero rechazo de las posiciones de la TR.

Para concluir, este trabajo representa un gran aporte que enriquece el conocimiento sobre las formas de la militancia revolucionaria de los jóvenes peronistas, experiencia que excedió con creces las acciones armadas. Uno de sus mayores méritos es que logra dimensionar la envergadura de los proyectos políticos de gestión que intentaron llevarse a cabo por vías legales, lo cual ayuda a comprender también los alcances de la creciente represión que se cernió sobre el campo revolucionario mucho antes del golpe militar de 1976. 

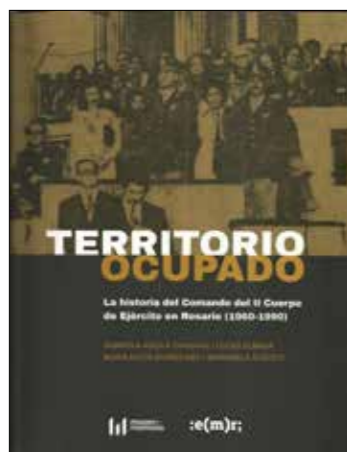
* Profesora y doctoranda en historia. Integrante de la Maestría en Historia y Memoria de la Universidad Nacional de La Plata.

¹ Otro excelente trabajo de las disidencias tempranas en Montoneros es el de Seminara, Luciana (2015). *Bajo la sombra del ombú. Montoneros Sabino Navarro, historia de una disidencia*. Bs As: Imago Mundi; sobre la organización Sabino Navarro entre 1972 y 1975.

Sobre el Ejército y las tramas de la represión en Rosario

SANTIAGO GARAÑO*

Acerca de *Territorio ocupado. La historia del Comando del II Cuerpo de Ejército en Rosario (1960-1990)*, dirigido por Gabriela Águila, Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 2018, 356 páginas.



Sin dudas, *Territorio ocupado. La historia del Comando del II Cuerpo de Ejército en Rosario (1960-1990)* representa un hito en lo que refiere a la reconstrucción de la historia del Ejército en Argentina y, en particular, de sus formas de represión estatal y de las tramas sociales en que se sustentó durante el pasado reciente argentino. No solo porque es el primer trabajo que aborda un área de vacancia para

la historia reciente (la historia de los distintos Cuerpos de Ejército a escala local y regional), sino también porque, para comprenderla, la articula con la historia social y política de la ciudad.

En principio, su valor historiográfico radica en que ilumina el proceso de transformación doctrinaria e institucional de las FFAA, orientada a la represión del conflicto interno, que se dio centralmente entre los años sesenta y setenta. A su vez, como dicha hipótesis de guerra suponía que los escenarios de esta lucha eran las grandes urbes –tales como Rosario–, es sumamente pertinente el enfoque elegido por los autores, que ponen el foco en las relaciones entre el Ejército y la sociedad rosarina.

El libro desarrolla una reconstrucción sumamente documentada y amena de un largo período histórico (1960-1990), sin perder el foco en lo local, pero siempre en el contexto de procesos regionales y nacionales más amplios en los que se inscribió la ciudad de Rosario. Al mismo tiempo que suma una gran dificultad a la tarea de investigación, la periodización elegida ilumina la necesidad de pensar a este tipo de burocracias en la larga duración, que a veces –de modo erróneo– solo son analizadas durante su actuación durante la última dictadura, restringiéndose al período 1976-1983. La puesta en un contexto más amplio, en un marco de 30 años de actuación, permite pensar similitudes y diferencias en su accionar: cómo en esos años se consolidó la centralidad del Ejército en la vida social y política de la ciudad, la conformación de una amplia trama social de apoyos para el actor militar y la vasta acumulación de experiencia represiva entre la dictadura iniciada en 1966 y la última dictadura, entre muchos otros temas.

Quiero destacar la reconstrucción de la historia de los usos de la casa que hoy ocupa el Museo de la Memoria y las propiedades contiguas, donde también funcionaban oficinas del II Cuerpo de Ejército. En particular, Marianela Scocco muestra esa compleja relación entre

lo legal, visible y público, y lo clandestino: por ejemplo, cómo, si bien la casa era de uso protocolar, en “la casa de al lado” funcionaba el Área 211 de Inteligencia y el Dpto. III de Operaciones, donde también, en la Sala de Operaciones, se realizaron consejos de guerra a civiles, una de las modalidades represivas que caracterizó el accionar del II Cuerpo de Ejército.¹


El capítulo 3, a cargo de Gabriela Águila, da cuenta del rol directriz que tuvo el Ejército en la comandancia, coordinación y ejecución de la represión y terrorismo de Estado, demostrando también cómo la represión “normativizada”, visible y pública, se articuló con mecanismos paraestatales y clandestinos. Sobre todo, a partir de noviembre de 1975, cuando el Ejército asume la comandancia de la llamada “lucha contra la subversión”. La historiadora sostiene que durante la fase más intensa del terrorismo de Estado (entre 1976 y 1978), coexistieron dos circuitos, aunque con diferencias importantes: el primero, organizado por la Policía Provincial, a cargo de Agustín Fedec; y el más importante, cuya actividad se incrementó para la segunda mitad de 1976, en el Destacamento de Inteligencia Militar 121, cuando aumentó la participación militar en la actividad clandestina, restándole autonomía a la policía provincial.

Un punto aparte merece el capítulo 4 a cargo de Alicia Divinzenso, donde se demuestra que, a mediados de los años sesenta, las tareas de “acción cívica” del Ejército empezaron a ser presentadas como parte constitutiva de su misión social. Este proceso se vinculó con los cambios doctrinarios de las FFAA, pero también con la pretensión de mejorar la imagen del Ejército, disciplinar y difundir en la sociedad los valores castrenses, y prevenir el avance de la “subversión”.

Por último, Lucas Almada reconstruye el rol del Comando del II Cuerpo desde la derrota en la guerra de Malvinas, que selló el ocaso del régimen militar, hasta 1990. En particular, revisa la progresiva pérdida de legitimidad social y centralidad del Ejército en la vida social y política de Rosario, debido al desprestigio de dicha fuerza luego de las denuncias por violaciones a los derechos humanos y a los levantamientos carapintadas. Por último, quiero señalar que, lejos de ciertos resquemores que suele haber entre la investigación y la gestión, *Territorio ocupado...* muestra la potencia que

tiene realizar un proyecto de investigación en el marco de una institución pública o espacio de memoria. En este caso, ha sido dirigido por una prestigiosa historiadora, profesora universitaria e investigadora del CONICET, Gabriela Águila, e integrado por jóvenes colegas de historia y antropología de la Universidad Nacional de Rosario. Claramente, demuestra el valor de las ciencias sociales, tan estigmatizadas por estos tiempos en que se cuestiona su utilidad.

De esta manera, el volumen colectivo recupera una de las improntas de este Museo de la Memoria: propiciar un espacio de reflexión y articulación entre academia-investigación-gestión y activismo de los derechos humanos. Como se observa, los resultados de esa articulación son dobles: por un lado, consolidan los contenidos del Museo y, al mismo tiempo, permiten a un conjunto de investigadores avanzar en la reconstrucción del pasado reciente. Esto vuelve al Museo de la Memoria en el primer espacio de memoria que cuenta con un volumen de estas características, en el cual sistematiza todo el saber que se ha producido en estos 15 años de vida, respecto del lugar donde funcionaba la sede del Comando del II Cuerpo de Ejército. El libro, sin dudas, será de gran utilidad para los miles de visitantes del museo, pero también se convierte en un “modelo” para otros museos o sitios de memoria.

Por último, este libro indica la creciente consolidación del campo de estudios sobre la represión, en el marco de la historia reciente. Además, que la reconstrucción del pasado reciente es un trabajo muy arduo, en el cual se van sumando piezas a un gran rompecabezas que permiten rearmar el entramado represivo y que solo se puede realizar gracias a un sostenido trabajo colectivo. También, *Territorio ocupado...* demuestra que el terrorismo de Estado requiere ser estudiado a escala local-regional, reconstruyendo la dinámica, los actores, las instituciones y dispositivos, los circuitos y modalidades, así como la trama de apoyos sociales, y esto debe ser pensado a largo plazo, señalando similitudes y diferencias entre regímenes democráticos y de facto, cuestionando periodizaciones cristalizadas y las miradas “porteño-céntricas”. 

* Licenciado en Ciencias Antropológicas y doctor área Antropología, Universidad de Buenos Aires. Investigador Adjunto del CONICET y Profesor de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

¹ En estos juicios militares solía “blanquearse” a detenidos-aparecidos provenientes de los centros clandestinos de detención, de los dos principales circuitos represivos de la zona.

Biografía de nuestras memorias traumáticas

MARIANA WIKINSKI*

Acerca de *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política* de Leonor Arfuch, Eduvim, Córdoba, 2018, 195 páginas.



Dar cuenta del presente supone el desafío de encontrar la modulación exacta entre una emocionalidad desbordada y declamatoria y una distancia desafectada. En ese esfuerzo de modulación se juega una ética de la mirada y de la palabra, que si logra ser sensible y lúcida a la vez, captura en la textualidad del presente las huellas de la historia, de los traumas vividos, de lo elaborado y lo inelaborable. Este es precisamente el lugar desde el cual escribe Leonor Arfuch esta “biografía” de nuestro tiempo. Los textos que componen este libro se escribieron en diferentes momentos, desde el año 2015 hasta hoy,

pero contienen una unidad de sentido, se iluminan mutuamente y ofrecen en su conjunto, quizás, una lectura posible acerca de un presente doloroso que sacude los cimientos sobre los que creíamos ya definitivamente fundada la perdurabilidad de la memoria. Se trata de una escritura poética, abierta, fluida, que no contiene afirmaciones definitivas, que no juzga, que formula preguntas (sin que sea indispensable la tipografía de un signo de interrogación), construye imágenes, dialoga con el lector. Seguramente, allí radique el núcleo de la coherencia de este texto: nos ofrece herramientas para comprender su estructura. Analiza las narrativas de la memoria y es en sí mismo una narrativa de la memoria; examina la biografía como género y es en sí mismo, y de algún modo, una biografía; destaca el valor de la multiplicidad de voces en la búsqueda de sentidos y las convoca constantemente; se inspira de un modo explícito en la obra de Bajtin y desde los inicios contiene una estructura dialógica, intersubjetiva, invita al lector a *crear* aquello que lee, a suscribir ese “contrato de lectura” del que nos habla la autora, y que pareciera insinuarse como el único modo posible para abordar sus textos.

El concepto de “espacio biográfico”, definido por Arfuch en los años noventa, atraviesa estas páginas, pero no se trata estrictamente del uso de un “concepto”: esta idea promueve en la autora una escritura en primera persona, afectada por el presente, fundamentalmente ética y política. Y si –como ella misma expone citando a Paul De Man– toda escritura es autobiográfica, su propia obra es sin duda, a esta altura, una autobiografía.

En este libro, la autora nos invita a mirar con ella, desde la afectividad –que no reduce en absoluto el valor académico del libro–, aquello de lo que fue testigo. Abre de este modo su propia mirada sobre la obra *Sueño Velado* de la artista Nury González, que la dejó “literalmente absorta en el umbral mismo de la sala”, nos habla de su “mirada fascinada” frente a la muestra *Alzheimer* de la misma artista, del sentimiento de comunidad entre mujeres ante el “destello inclemente de

la pantalla” en el caso de los videos de Tracey Emin. Es, precisamente, la marca de su subjetividad afectada lo que constituye el valor político de esa mirada, una mirada que interpela siempre en la expresión “individual” del artista aquello que lo trasciende y hace trascendente su obra, aquello que la obra devela sobre el dolor colectivo.

La primera parte del libro, “Inflexiones de la crítica”, ofrece, de alguna manera, un marco a lo que vendrá después. La autora vuelve sobre sus reflexiones en torno del espacio biográfico, las identidades y aquello que ya en los noventa su obra anticipaba como “giro afectivo”, y sitúa el lugar que desde su perspectiva ocupa “lo emocional” en tanto resulta inseparable de lo cognitivo. Es precisamente desde ese enlace indisoluble entre discurso y afecto desde donde surge la escritura de Arfuch. Muchos autores se dan cita en el preludio de este libro (Riley, Benveniste, Dosse, Leys, Berlant, Rousseau, Aubrey, Schwob, Strachey, Barthes, Lejeune, de Man, de Certeau, Perec, Ricoeur, Austin, entre otros) y se configura de este modo lo que la autora denomina –parafraseando a Holroyd– una “conversación grupal”, la “cartografía personal de afinidades y cercanías” que elige la autora para iluminar su recorrido.

Pero es centralmente una narrativa sobre la memoria la que atraviesa la totalidad de este libro, cuya urdimbre evoca continuamente a Benjamin y a Proust. No solo porque en algunos momentos son mencionados (resulta entrañable la evocación que *Albertina* [Carri] despierta en la autora, con su *tiempo recobrado*), sino también, básicamente, porque la memoria jamás es concebida por Arfuch como una “función”, sino como el devenir inesperado del recuerdo y del olvido, como un tejido que captura destellos aleatorios, un proceso en constante transformación, un trabajo que no se realiza en soledad, sino que resulta inscripto en la trama de lo colectivo, una construcción de materialidad heterogénea, problematizada en su enlace con el lenguaje y la narración, marcada por la impronta del trauma, dilemática en su estructura, siempre en oposición a la invisibilización de los sufrimientos.

Desde estas premisas se aborda la segunda parte del libro, “El país de la infancia”, que da cuenta de la necesidad y el esfuerzo de la autora en dar la palabra a

quienes eran niños durante las dictaduras en América Latina. Voces de niños, ahora ya adultos, que eligen el arte para ofrecerse a sí mismos un camino elaborativo, para “revertir el signo de la marca”, como lo escribe Mariana Eva Pérez (citada por Arfuch), y para entregarnos una mirada política sobre las vivencias traumáticas que quedaron grabadas por el miedo, el exilio, el silencio, la militancia, la desaparición, la muerte de los padres. Lo autobiográfico en la heterogeneidad de estas infancias en dictadura aparece en el corpus de la autora a través de expresiones literarias (Alcoba, Pérez, Robles, Urondo Raboy, Gerber-Bicceci) y a través de imágenes en sus múltiples formatos (Roqué, Ávila, Markovitch, Carri, Prividera, Quieto, Germano, Aguiló, Croatto). Experiencias que se ponen en diálogo entre sí y configuran una escritura coral que revela, quizás, el surgir de una emoción nueva, este nuevo “tiempo de los hijos”, escribe Arfuch, que muestra que “nunca habrá un fin de los relatos”.

En la tercera parte, “De la vida en el arte”, Arfuch analiza la relación entre memoria, trauma, arte y subjetividad, tal como aparece plasmada en las obras de las artistas y los artistas: Carri, Salcedo, Gallardo, González, Boltanski, Steinwasser, entre otros; obras reunidas por su poder de interpelación y por atisbar –algunas de ellas– la memoria inscripta en nuestros objetos cotidianos para reconocerlos como soporte de una narración.

Son estas las perspectivas comprometidas que habilitan a la autora a interrogarse acerca de los futuros de la memoria en el Epílogo de este libro. “Futuros”, en plural, porque será en un tiempo continuo, en un fluir de múltiples voces que enuncian y denuncian, y en esa hospitalidad de la escucha que Derrida y Lévinas nos enseñaron a comprender, donde habitará probablemente la perseverancia de la memoria. X

* Psicoanalista. Miembro del Área de Salud Mental del Centro de Estudios Legales y Sociales y del Colegio de Psicoanalistas. Autora del libro *Testimonio y experiencia traumática* (2016).

La fotografía entre el arte, la memoria y la institución

FLORENCIA BASSO*

Acerca de *Relatar con luz. Usos de la fotografía del desaparecido*,¹ de Florencia Larralde Armas, La Plata, EDULP, 2016, 253 páginas.



Uno de los temas más cautivantes dentro de los estudios de memoria e historia reciente es el uso de la fotografía para la representación de los seres queridos desaparecidos por procesos dictatoriales. En *Relatar con luz, Usos de la fotografía del desaparecido*, Florencia Larralde Armas profundiza e indaga en las particularidades de la imagen fotográfica al ser emplazada en un museo de arte y memoria: ¿qué

implica que las fotografías pertenecientes a un archivo de la represión sean convertidas en objetos estéticos en el marco de un museo?, ¿cómo se trabaja artísticamente sobre las fotografías de los desaparecidos?, ¿qué sentidos se abren y cuáles se clausuran?, ¿arte o memoria? o ¿arte y memoria? Continuamente, solemos pensar en pares dicotómicos, excluyentes, opuestos. Sin embargo, la autora de *Relatar con luz...* nos invita a sumergirnos, a partir de diferentes exposiciones, en las múltiples posibilidades semánticas que abren los cruces entre lo museístico, la memoria, los archivos y el arte. Nos referimos al Museo de Arte y Memoria (MAM) que pertenece a un organismo público con políticas de memoria y derechos humanos como es la Comisión Provincial por la Memoria (CPM). Si suspendemos por un momento esta pulsión por oponer categorías, se abre, entonces, una compleja y profusa trama de significados que va más allá de las fotografías en sí, y que es puesta en relieve al analizar el tejido social que hay detrás de estas imágenes. En este libro, entonces, se reflexiona sobre la forma en que se han exhibido las fotografías de los desaparecidos de la última dictadura cívico-militar argentina en el marco de seis exposiciones realizadas en el período 2002-2012 dentro del MAM, abordando la compleja relación entre el campo de la memoria y el campo artístico -especialmente el fotográfico- en la ciudad de La Plata. A lo largo de su lectura advertimos la enorme investigación de campo realizada sobre los diferentes espacios, instituciones y políticas de memoria que se han consolidado en la ciudad de La Plata desde mediados de la década del noventa. En este sentido, este libro conforma un aporte muy valioso y amplía el mundo de las genealogías sobre la ciudad: La Plata como ciudad “perfecta”, ciudad portuaria, ciudad universitaria, ahora se revela como ciudad de la memoria. Enfocando en el MAM y su gestación en el año 2002 desde la CPM, la autora indaga en la red de personas que fueron parte del equipo institucional y que, a su vez, fueron los curadores o expositores de algunas de las

muestras que analiza. Destaca, especialmente, aquellas personas claves, o *emprendedores de la memoria*, que participaron activamente en el equipo del MAM. A esta contextualización, Florencia Larralde Armas le suma la red de relaciones que constituyen el campo fotográfico platense. Entonces, toda esta reconstrucción minuciosa de la trama de personas, con trayectorias artísticas o militantes que han atravesado tanto uno como otro campo en la ciudad de La Plata, se pone en juego a la hora de analizar las fotografías en el marco de una selección de exposiciones en dicho museo.


Me interesa destacar, además, el aporte que este libro representa para el núcleo de estudios sobre archivo y arte, ya que aborda seis muestras en las cuales el soporte fotográfico está anclado dentro de un archivo familiar o de las fuerzas represivas: *Buena memoria* (2003) de Marcelo Brodsky; *Arqueología de la ausencia* (2004), de Lucila Quieto; *Imágenes de la memoria* (2008) de Gerardo Dell’Oro; *Imágenes robadas, Imágenes recuperadas* (2004-2005), una selección de fotografías del archivo de la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA); *Huellas* (2005) de Helen Zout; y *Rostros, fotos sacadas de la ESMA* (2007) de Víctor Bastera. En este sentido, se interroga el trabajo artístico y estético sobre archivos opuestos -de familiares y de las fuerzas represivas- y se reflexiona sobre el lugar otorgado a la fotografía en tanto testimonio, recordatorio, epitafio y homenaje del ser querido.

El libro está estructurado en cuatro capítulos a través de los cuales nos vamos sumergiendo poco a poco, desde una mirada más contextual y general, hacia un análisis puntual de las fotografías de las muestras. En el primer capítulo la autora reconstruye el contexto en el cual se crea la Comisión Provincial por la Memoria de la Provincia de Buenos Aires (1999) y el Museo de Arte y Memoria (2002) en la ciudad de la Plata. Con el llamado *boom* de la memoria a mediados de la década del noventa, la ciudad se destaca por su relación con importantes referentes de los movimientos de derechos humanos y su contacto con instituciones de alcance nacional. Se analizan tanto los actores sociales, las luchas por los derechos humanos y las políticas de la memoria, como los principales lugares de memoria que se fueron creando o señalizando en la ciudad.

En el segundo capítulo, nos adentramos directamente en

lo que fue el surgimiento y desarrollo del MAM desde la mirada interna del equipo de trabajadores de la CPM. Se pone de relieve todo el debate que se generó a la hora de pensar un museo -el primero de esa índole en Argentina- que abordara los problemas de la memoria con relación a procesos dictatoriales y tuviera una inscripción artística. Por último, la autora nos introduce en la imagen fotográfica, destacando el lugar privilegiado que ha tenido este dispositivo en las exposiciones del MAM. En el tercer capítulo, el foco se pone en la construcción del campo fotográfico tanto en la ciudad de La Plata como en la Ciudad de Buenos Aires, analizando las trayectorias de los fotógrafos abordados posteriormente en las exhibiciones del MAM: Marcelo Brodsky, Helen Zout, Gerardo Dell’Oro y Lucila Quieto. Resulta muy interesante, por un lado, la trama que se teje entre las biografías familiares, las carreras profesionales y las diferentes militancias, y por otro, cómo estas experiencias de vida están presentes en las exposiciones del museo.

Finalmente, en el último capítulo se aborda el corpus de seis exhibiciones del MAM. Además, está atravesado por la problemática en torno a la imagen fotográfica y la representación de los desaparecidos. Se divide en dos ejes de análisis: uno llamado “memorias sobrevivientes”, en el que se indaga sobre el uso de los archivos familiares -como los álbumes de fotos- en las muestras de Brodsky, Quieto y Dell’Oro; y otro, “memorias recuperadas”, en el que se reflexiona sobre la forma de exhibición de archivos de las fuerzas represivas -provenientes del Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA) y del Grupo de tareas 3.3 de la ESMA- en la exhibición de Zout, Bastera y en una curaduría del equipo del MAM.

Desde una mirada interdisciplinaria y con un riguroso estudio de campo, *Relatar con luz. Usos de la fotografía del desaparecido* es una excelente contribución a los estudios sobre fotografía y memoria porque profundiza, justamente, en aquello que suele quedar solapado en la mirada de la fotografía de archivo: el emplazamiento en una institución, el montaje de una muestra, el encuadre, el color de la copia, entre muchos otros, son factores que conforman la lectura de la fotografía de un desaparecido y anclan sentidos -al mismo nivel que su carácter indicial-. 

*Profesora de Historia de las Artes Visuales y Magíster en Historia y Memoria (Universidad Nacional de La Plata). Docente en la Facultad de Bellas Artes (UNLP) y en Artes Audiovisuales (Universidad Nacional de las Artes).

¹ Libro disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/.../Documento_completo.pdf-PDFA.pdf...